

Marcela Ternavasio

Los juegos de la política

Las independencias hispanoamericanas frente a la contrarrevolución



siglo veintiuno
editores

Índice

Introducción	9
---------------------	----------

Parte I ¿Imposturas?

1. Entre Europa y la Viena del trópico	29
Hipótesis bélicas	29
Hipótesis diplomáticas	36
Hipótesis negociadoras	46
2. Desenlaces	59
Especulaciones	59
La larga espera	69
Interpretaciones	77
Guerra y diplomacia	83

Parte II ¿Traición o acuerdo secreto?

3. Los casamientos regios	95
Hipótesis dinásticas	95
Cortes paralelas	102
Matrimonio y política	113
4. La ocupación	119
Señales	119

Avance	124
Estupor	133
Escándalo	140

Parte III

¿La reconquista imposible?

5. Fin a la revolución, principio al orden	153
Independencia	153
Opciones en pugna	160
Intransigencias	167
Hipótesis de complicidad	176
6. Fin al orden, principio a otras revoluciones	189
Mediaciones	189
Divisiones	194
Contradanza de reyes	200
Hipótesis fallidas	212
Epílogo	225
Notas	237

Introducción

Una pregunta sobrevolaba los corrillos políticos y diplomáticos tras la caída del imperio napoleónico: ¿se aliaría España con la monarquía portuguesa para emprender una cruzada contrarrevolucionaria en América? El interrogante, formulado una y otra vez por los protagonistas de la historia que relata este libro, despertó los peores temores en quienes soñaban con liberarse del yugo colonial y alentó a muchos a forjar una coalición militar de las coronas ibéricas para regresar al antiguo orden. La hipótesis de un pacto luso-hispano comenzó a tomar cuerpo cuando Fernando VII fue restituido en el trono en 1814, luego de su largo cautiverio en Francia, y se clausuró en 1820 con las revoluciones liberales en España y Portugal. Durante ese sexenio, conocido como la primera Restauración, las casas soberanas europeas intentaron recomponer el mundo –trastocado hasta sus cimientos por la Revolución Francesa– mientras los movimientos revolucionarios hispanoamericanos procuraban sobrevivir a los embates de la guerra y al clima conservador imperante después de la derrota y abdicación de Bonaparte.

Dispuesto a restablecer el absolutismo a ambos lados del Atlántico, el monarca español proyectó empresas de reconquista que requerían de cuantiosos recursos y, de ser posible, de aliados estratégicos. Asociar a la monarquía portuguesa para reprimir los focos rebeldes en los dominios ultramarinos se presentaba como la opción más favorable a los objetivos de Fernando VII. La unión dinástica que ligaba a las dos coronas contribuía a esos objetivos; pero la razón fundamental residía en que la corte de Braganza estaba instalada en Brasil –su principal colonia– desde 1808. El gobierno luso, por su parte, debía controlar la expansión revolu-

cionaria en las fronteras de su nueva sede tropical y evitar la filtración de reclamos anticoloniales y republicanos desde los territorios vecinos. Coaligarse en pos de consolidar los principios del Antiguo Régimen en América era, pues, una alternativa previsible que daría continuidad a la alianza que España y Portugal habían concertado para expulsar a los franceses de la Península Ibérica.

Ante las consecuencias que podía acarrear –para bien o para mal– la concreción de esa hipótesis, los involucrados elaboraron diagnósticos, forjaron planes e intrigaron con propios y extraños. Sus cursos de acción estuvieron signados por especulaciones y cálculos basados en reportes dudosos o en proyecciones que todos –o casi todos– suponían seguras y nunca ocurrieron. Entre otras, los esperados arribos de la Expedición Pacificadora al mando de Pablo Morillo al Río de la Plata –que cambió su rumbo hacia Venezuela– y de la expedición que debía partir de Cádiz a Buenos Aires, frustrada por el pronunciamiento de Rafael de Riego, uno de los comandantes del ejército español. En ese escenario, sembrado de incertidumbre y de intereses contrapuestos, se jugaron diferentes partidas cuyos resultados finales eran imposibles de vaticinar.

Los historiadores conocemos, por supuesto, esos resultados: la coalición antirrevolucionaria nunca se concretó y las independencias terminaron triunfando luego de una cruenta guerra que se prolongó hasta 1824. Pero si tendemos un hipotético velo de ignorancia y seguimos las tramas tejidas en torno a una posible alianza luso-hispana en el tiempo presente de los protagonistas, el panorama que se vislumbra no nos conduce necesariamente a esos desenlaces. O en todo caso, las diversas secuencias exhiben trastiendas donde se tomaron decisiones cruciales que podrían haber cambiado el derrotero histórico posterior. Este libro es una invitación a interrogar esas trastiendas, cuando el futuro de las independencias hispanoamericanas quedó en suspenso.

Para explicar el propósito que me anima, recurriré a la metáfora del juego. De esta manera figurada, podríamos decir que el tablero donde se despliegan las contiendas está desdoblado entre Europa y América. Para seguir el juego, el lector tendrá que trasladarse desde Madrid, Lisboa, Londres, París o Viena hasta

Río de Janeiro, Montevideo o Buenos Aires, y deberá respetar los tiempos de un mundo regulado por otros calendarios y cronologías, muy diferentes de los que hoy manejamos. Los participantes pueden dividirse en dos grandes equipos, el revolucionario y el contrarrevolucionario, dispuestos a alojar n número de jugadores y efectuar n número de partidas simultáneas. Las reglas son un problema porque están en constante redefinición, y no hay un juez o un árbitro reconocido por todos, sino –sobre la marcha– intentos de instaurar a terceros imparciales que varían y se solapan. Las estrategias de los equipos se modulan a partir de cálculos y condicionamientos, según los incentivos y las expectativas de alcanzar los objetivos trazados. Su diseño quedará en manos de agentes que –por ser dueños de un importante capital político, militar y simbólico– deberán medir los costos de sus decisiones y procurar que sean acatadas por las comunidades que representan. Y, puesto que cada ficha interactúa con las estrategias del resto, el juego puede ser de suma cero cuando lo que un jugador gana es lo que el otro pierde o la ganancia de un jugador no necesariamente supone una pérdida por parte de un contrincante. La configuración que adopte el tablero determinará si estamos ante contiendas cooperativas, con negociaciones y alianzas entre participantes, o en escenarios altamente competitivos.¹ La clave radica en seguir la pista del interrogante formulado al comienzo y en navegar por ese tablero interoceánico poblado de gente que sueña con mundos contrastantes.

Ahora bien, como en todo juego, hay que superar distintos niveles de dificultad; en este caso, el nivel más elevado y complejo implica penetrar las lógicas que conducen a decidir los movimientos de las fichas. Para el historiador, esa indagación es un campo minado. Entre otras razones, porque podemos caer en el espejismo retrospectivo de desenlaces escritos de antemano.² El lector entrenado en el oficio reconocerá en estas premisas las polémicas y debates que, con intensa potencia, se han desplegado en las últimas décadas dentro del campo de las humanidades y las ciencias sociales. No es mi intención reponer esos debates, sino anticipar que restituir un proceso histórico a partir de la ponderación de acontecimientos que no ocurrieron –aunque estaba previsto que

ocurrieran— y desde una hipótesis fallida —una alternativa en la que muchos contemporáneos creyeron y apostaron— entraña un ejercicio intelectual, una apuesta historiográfica y un experimento de escritura.

* * *

Toda empresa historiográfica es un ejercicio intelectual, y el que aspiro a encarar aquí puede formularse en términos contrafácticos: ¿qué habría ocurrido con las independencias hispanoamericanas si los ejércitos españoles se hubieran unido a las fuerzas imperiales portuguesas asentadas en Brasil? Así planteado, implicaría una reflexión sobre las probabilidades que se abren en cada proceso histórico para imaginar un futuro que no fue y también proyectar escenarios posibles y verosímiles, como hacen muchos científicos en otros campos. La historiografía registra numerosos ejemplos de estudios contrafácticos, desde la Antigüedad hasta nuestros días, que pusieron de relieve debates en torno a las teorías de la causalidad, al carácter contingente o accidental de los hechos, al papel que desempeñaron las decisiones individuales o los determinantes impersonales en los procesos históricos, a las formas de abordar la relación entre pasado, presente y futuro.³ El clima posmoderno que acompañó el cambio de milenio, con el desplazamiento de las fronteras entre historia y ficción, contribuyó a ampliar estos debates y cuestionó las formas de implementar las reflexiones contrafácticas como herramientas de investigación histórica. Quienes postulan su fertilidad destacan la necesidad de considerar las posibilidades alternativas y afirman que la historia “no es meramente lo que sucedió”, sino “lo que ocurrió en el contexto de lo que podría haber sucedido”.⁴ Como instrumento heurístico, requiere ser sometido a ciertas reglas y a una estimación de probabilidades sobre la base de documentos confiables.

Esta forma más ortodoxa de hacer una historia de los posibles, que los angloparlantes suelen denominar *what ifs*, no preside el ejercicio que propongo. Mi apuesta es menos exigente: se limita a explorar cómo incidieron las hipótesis fallidas en las decisiones tomadas por los protagonistas de la historia, sin especular so-

bre los futuros que podían abrir. Es, además, una apuesta menos arriesgada, ya que si bien lo contrafáctico nos libera de la prisión de la necesidad histórica, también nos sitúa en un terreno inseguro. El reto consiste en restituir la historia de esas decisiones, sustrayéndonos de la ya mencionada ilusión retrospectiva que naturaliza sus resultados, para echar luz sobre los dilemas y las vacilaciones que experimentaron los agentes del pasado al definir cursos de acción cuyas consecuencias ignoraban y estaban lejos de vislumbrar.

Preguntarse por acontecimientos clave que cambiaron –o podrían haber cambiado– el curso de un proceso histórico no representa ninguna novedad. Es una operación que forma parte –o debería formar parte– de nuestra caja de herramientas y en la historiografía sobran ejemplos para ilustrarla. Entre los ejemplos que examinan la coyuntura de entreguerras en el siglo XX, Emilio Gentile analiza la sucesión de “situaciones contingentes de resultados imprevisibles” que derivaron en la “marcha sobre Roma” de 1922, con la cual el fascismo logró atrapar “el instante huidizo que le permitió llegar al poder y encaminar la construcción de un nuevo régimen”. El desenlace –nos dice el autor– trazó el decurso de la historia en Italia y en Europa “y acaso en el resto del mundo”.⁵ Ian Kershaw, por su parte, se interna en un “año que cambió la historia” –1940, durante la Segunda Guerra Mundial–, analiza las “decisiones trascendentales” tomadas en su transcurso y, al ponderar las alternativas que se jugaron entre las potencias involucradas en el conflicto, demuestra por qué algunas fueron descartadas y por qué las decisiones adoptadas no estaban prede-terminadas ni eran inexorables. En la frase inicial de su epílogo, señala que “las cosas podrían haber sido de otra manera”.⁶

Y en efecto, las cosas podrían haber sido de otra manera si la expedición de Pablo Morillo no hubiese cambiado su ruta en 1815, si el ejército destinado a Buenos Aires no hubiese iniciado el Trienio Liberal en España en 1820, o si Portugal hubiese aceptado una alianza militar con Fernando VII. No sabemos cuán diferentes habrían sido las alternativas, y tampoco pretendo reflexionar al respecto. Mi objetivo es analizar el sexenio de la primera Restauración europea en el corredor luso-hispano-criollo

del Atlántico Sur –que se extiende desde Río de Janeiro hasta Montevideo y Buenos Aires– a partir de las diversas estrategias que elaboraron los contendientes a escala transatlántica bajo la sombra de los planes que no se concretaron.

* * *

La propuesta historiográfica se instala en el cruce de entonces inestable campo de la diplomacia con el también inestable campo de la política en la coyuntura de la guerra. Hace ya algunos años, Rafe Blaufarb llamó la atención sobre los caminos paralelos que siguieron los estudios de la diplomacia europea y de las independencias hispanoamericanas en la era posnapoleónica y propuso abordar las conexiones entre las luchas internas y las dimensiones internacionales del conflicto iniciado con el derrumbe del imperio español. El autor denomina “cuestión occidental” a la rivalidad internacional desatada por las revoluciones de los dominios hispanos y postula una “historia diplomática transnacional desde abajo” que incluya no solo a los Estados sino también a los aventureros, especuladores y espías que participaron en el realineamiento geopolítico de las relaciones de poder atlánticas.⁷ Una historia de conexiones en pleno desarrollo y con relevantes resultados,⁸ en la que este libro pretende inscribirse cuando se interroga sobre los procesos de toma de decisiones que enlazan cuestiones de política interna y asuntos de política exterior.⁹ Intersecciones que presentan ciertas dificultades metodológicas que conviene explicitar desde el comienzo.¹⁰

La primera reside en distinguir la vida política interna de la política exterior en un momento caracterizado por conflictos entablados entre sujetos soberanos (monarquías e imperios) y nuevas comunidades con vocación soberana de naturalezas muy inestables (autoridades revolucionarias, pueblos con voluntad de autogobierno, ejércitos que responden a liderazgos sin base política y territorial firme). En las negociaciones se entrecruzan los atributos de los monarcas –con sus cortes, camarillas y castas de diplomáticos empapados en el ambiente conservador de la Restauración– y los improvisados agentes revolucionarios

—sometidos a una experiencia bélica devastadora y con el deber de rendir cuentas ante poblaciones y tropas movilizadas en nombre de valores como la libertad, la igualdad y la independencia—. En esos espacios en ebullición, donde participan intrigantes de muy diversas procedencias, las viejas categorías de la diplomacia y de la política mutan mientras los actores apelan a los desiguales repertorios disponibles.

En segundo lugar, siempre es dificultoso establecer los impactos de las decisiones de los agentes en relación con otros que participan en ese universo diplomático extendido. Por un lado, porque en ese universo impera la lógica del secreto. Los informes escritos de las diferentes legaciones estaban acompañados por intercambios verbales de los que no queda registro. De hecho, uno de los cometidos más valorados en el mundo de la diplomacia era conseguir y proveer información secreta, y uno de sus efectos más habituales era la filtración de noticias y la circulación de rumores. Como afirmó uno de los representantes criollos en el extranjero poco después de inaugurar su misión, “las conjeturas fundadas [...] son casi siempre el cimiento de los cálculos y de las resoluciones diplomáticas”.¹¹ Por otro lado, visto que estamos en la era previa al telégrafo y al cable submarino, las vías marítimas, fluviales y terrestres posibilitan una comunicación que acompaña los ritmos de una temporalidad sujeta a la geografía, las urgencias de los acontecimientos y las especulaciones alrededor de las noticias.¹² Entre la redacción de las instrucciones que los gobiernos enviaban a los agentes apostados en legaciones extranjeras, las minutas redactadas para acusar recibo y las gestiones que los representantes debían cumplir, transcurrían meses en que ocurrían hechos que modificaban el universo de opciones. Basta recordar que el cruce del Atlántico podía insumir dos meses e incluso más según los puntos de partida y de arribo, la estación del año, el clima y el tipo de embarcación, y que el tránsito terrestre estaba sujeto a las precarias condiciones de las rutas, la tracción animal, los peligros que acechaban y los frecuentes cortes provocados por las guerras. La información que manejaban los protagonistas sobre lo que ocurría en cada escenario era fragmentaria, incompleta, confusa. Los actores se movían en esa ciega simulta-

neidad, interdependientes y sometidos a que el desfase temporal entre hechos y noticias trajera consecuencias imprevistas o hiciera fracasar las especulaciones sobre hipótesis fallidas.

La tercera dificultad reside en descifrar los sentidos atribuidos a la información que circula. Esto no solo depende de las situaciones contingentes, sino también de las culturas políticas conformadas por diversas tradiciones, experiencias e imaginarios.¹³ Aunque este estudio no desarrolla de manera explícita las culturas políticas que nutrieron a los actores, las toma en cuenta al interpretar los modos diferenciales con que concibieron el pasado, leyeron el presente e imaginaron el futuro; una consideración necesaria porque, como afirma François Hartog, estamos ante una coyuntura de “crisis del tiempo”: las articulaciones de la temporalidad dejan de ser obvias y evidentes.¹⁴

En aquella crisis del tiempo, el impacto provocado por la caída del imperio napoleónico trascendió las fronteras del continente europeo y se expresó en Iberoamérica en lo que denomino “efecto restauración”; efecto que no solo no fue unilateral, sino que se tradujo en diversas constelaciones retroalimentadas a ambos lados del Atlántico. Entre las variantes delineadas como respuestas a la nueva situación, exploro aquellas que se desplegaron en el corredor luso-hispano-criollo en conexión con el nuevo concierto de potencias europeas. Desde ese ángulo de visión, afirmo, en primer lugar, que no es posible comprender los avatares de este período sin tomar en consideración el papel que desempeñó la monarquía portuguesa instalada en Brasil y el de sus íntimas relaciones con la monarquía borbónica, con el resto de las casas soberanas europeas y con el dividido bloque revolucionario rioplatense.¹⁵ En segundo lugar, sostengo que 1814-1820 es un sexenio crucial cuya observación requiere de la operación historiográfica que implica desacoplar el fenómeno revolucionario del fenómeno independentista. Como han demostrado las visiones más renovadas, las independencias no estaban inscriptas en el punto de partida de las revoluciones, sino que fueron su punto de llegada, y en el período aquí estudiado ese último no se visualizaba como inexorable, sino como una alternativa pasible de defensa, negociación, renuncia o aplastamiento.¹⁶

Reconsiderar la primera Restauración europea en Iberoamérica supone desafiar el paradigma revolucionario que durante mucho tiempo dominó los estudios sobre el tema. Con diversas cronologías, ese paradigma cristalizó la imagen del fenómeno restaurador como una anomalía o un paréntesis en la historia. En el área borbónica, el triunfo de los liberales en Francia en 1830 consolidó el estereotipo de la “restauración-reacción” y mostró al período 1814-1848 como un “tiempo débil” y sin “consistencia propia”, según lo calificó Pierre Rosanvallon en su pionero estudio *El momento Guizot*.¹⁷ En España se dibujó la figura de un doble paréntesis con las dos restauraciones de Fernando VII tras las revoluciones liberales, y en el Reino de Nápoles la de sucesivos paréntesis a lo largo de más de medio siglo.¹⁸ Las historiografías fundacionales hispanoamericanas no escaparon a este esquema al evaluar la reimplantación del absolutismo metropolitano como un momento que menguó, y en algunos casos aceleró, el ritmo del proceso de doble ruptura con el orden colonial y con la monarquía. La clave teleológica de estas narrativas se refuerza con la exaltación del carácter heroico de sus líderes revolucionarios que supieron desafiar, enfrentar y derrotar la reacción militarista de España. Sobre esa matriz se construyeron los relatos patrióticos que cimentaron los mitos de los orígenes de las naciones americanas e instalaron la imagen de un destino manifiesto que derivaría en las independencias y en la formación de nuevos Estados soberanos republicanos.¹⁹

Las interpretaciones recientes de la historiografía europea e iberoamericana revisan estas imágenes con el objeto de indagar la Restauración posnapoleónica no para “rehabilitarla” —como afirma Jean-Claude Caron—, sino para “revalorarla” mediante un diálogo transnacional que ilumina las conexiones de los procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios a ambos lados del Atlántico.²⁰ Desde esta perspectiva, el lector observará en varios pasajes marcados contrastes con las versiones canónicas —tradicionales o progresistas— más difundidas en el espacio público. Por un lado, con aquellas que juzgaron las acciones de los revolucionarios en términos de principios ideológicos inalterables y a sus desvíos como imposturas destinadas a ganar tiempo y engañar a los con-

trincantes; por otro lado, con las que congelaron la imagen de la reacción contrarrevolucionaria como una versión unívoca, rancia y nostálgica, en un tiempo que les era extraño y ajeno.²¹ Como veremos, los exponentes de la contrarrevolución participaron en los procesos de cambio, a los que no solo se incorporaron sino que contribuyeron a modelar, y los cursos de acción de los grupos revolucionarios estuvieron menos atados a horizontes ideológicos irrenunciables de lo que sugieren las versiones broncíneas al presentar sus panteones de héroes.

En suma, las conexiones aquí analizadas entre historia de la diplomacia, de la política y de la guerra, además de mostrar las disputas en torno a diferentes principios de legitimidad, revelan las luchas que enfrentaron a grupos y fracciones internas de las grandes potencias y de los gobiernos revolucionarios, muchas veces enlazados en alianzas inestables o en negociaciones estratégicas. Por ello, las nuevas formas que adoptaron las guerras (revolucionarias, civiles, de independencia, de guerrillas) fueron marcadas por (y a su vez influyeron en) el contexto internacional donde se desarrollaron, desafiando el derecho de gentes y abriendo zonas grises que obligaron a los protagonistas a actuar en terrenos movedizos.²² Nuestro relato transita por esos mismos sitios, mientras las declaraciones de independencia inauguran las tentativas de llevar adelante lo que Cavour llamaría más tarde “la diplomatación de la revolución”, según destacó Tulio Halperin Donghi hace ya muchos años al referirse al caso rioplatense.²³ A partir de esta pista –que Halperin cita al pasar y que habilita futuras indagaciones–, nuestro estudio se instala en las zonas grises de lo que considero un doble proceso de *diplomatación de la política* y de *politización de la diplomacia* inscripto en el marco de un enfrentamiento bélico con final abierto.

* * *

El experimento de escritura supuso una apuesta por el género narrativo y por contar esta historia en tiempo presente.²⁴ La elección del *presente histórico* –un presente discursivo para relatar hechos del pasado– es, por cierto, un recurso artificial que se usa

con cierta frecuencia para entablar un pacto con el lector en pos de acercarlo a tiempos pretéritos. Pero en este caso, esa elección se apoya en una operación hermenéutica: hilvanar los acontecimientos optando por la suspensión voluntaria de los desenlaces. El relato intenta recrear los climas y ambientes que habitaron los protagonistas y restituir en los tiempos de la enunciación sus voces, interceptadas por mi propia voz, la de la historiadora que recompone el coro, reflexiona sobre los dilemas de los actores en las diferentes etapas del recorrido y presenta las cuestiones historiográficas de cada secuencia. Las interrupciones de la *presentificación*, cuyo objeto es trazar un mapa de rutas para el lector, procuran no diluir el procedimiento –o la ficción de método– que consiste en narrar para crear el problema que se quiere hacer visible, retener los detalles que lo configuran y establecer cierta distancia con los resultados.²⁵

A sabiendas de que el relato histórico debe renunciar a toda pretensión de exhaustividad, este libro supuso un especial trabajo de estilización; un trabajo que no aspira a descubrir información inédita, sino a componer una historia de conexiones y fragmentos articulados a partir del interrogante inicial. Restituir la temporalidad de esas conexiones ha sido tal vez el mayor desafío de esta empresa, al igual que seleccionar y sacrificar tramas abordadas y tratadas en detalle por las historiografías políticas nacionales y por aquellas dedicadas a las relaciones internacionales. Si bien los diálogos con estas historiografías no se hacen explícitos en todos los casos, vale recordar la enorme dificultad de registrar las deudas en el sistema de citas sin hacer de unas y otras una deuda infinita. Hay deudas silenciosas que involucran, además, producciones dedicadas a períodos muy distantes de los aquí desarrollados y que contribuyeron a mi reflexión sobre las variadas formas que adoptó el par revolución-restauración y las operaciones de memorias y olvidos que lo surcaron en el transcurso de los dos últimos siglos.²⁶

También dialogué con las preocupaciones que alimentan mis producciones historiográficas precedentes. El puente más evidente se tiende con *Candidata a la Corona*, donde me embarqué por primera vez en la aventura de explorar hipótesis frustradas que

incidieron en el escenario internacional cuando seguí los avatares que sufrieron los planes de la princesa Carlota Joaquina de Borbón entre 1808 y 1814.²⁷ En ese sentido, el presente libro puede leerse como una suerte de continuación de aquel. Sin embargo, al menos dos aspectos los diferencian en su factura. El primero es que, en este caso, la investigación no se concentra en una trayectoria individual sino en múltiples trayectorias sincrónicas y diacrónicas; y aunque Carlota reaparece, su papel es el de un personaje secundario que ha perdido protagonismo. El segundo aspecto es el uso de la metáfora del juego como recurso para organizar el relato, sin que esto suponga la intención de ajustar el análisis a las sofisticadas teorías de los juegos. De allí que prefiera emplear el término en clave metafórica, con el objeto de utilizar algunas de sus variables –de manera siempre laxa y flexible, adaptada a las peculiares circunstancias históricas examinadas– para dotar de cierto carácter, precisamente, *lúdico* a este rompecabezas conformado por secuencias que se despliegan en simultáneo a cientos o miles de kilómetros de distancia.

De acuerdo con estas pautas, el libro se organiza en tres partes –con sus respectivos capítulos– en correspondencia con las diferentes variantes que el “efecto restauración” fue delineando a partir de la hipótesis de una alianza contrarrevolucionaria luso-hispana. Cada parte se inicia con la breve descripción de un acontecimiento y lleva por título una pregunta que expone la discusión sobre algunas claves interpretativas de los procesos estudiados. En la primera –“¿Imposturas?”– analizo la alternativa proyectada entre 1814 y 1815 en torno a la expedición de Pablo Morillo y las especulaciones, cálculos y jugadas que desata a ambos lados del Atlántico. En la segunda –“¿Traición o acuerdo secreto?”– abordo las ambiciones contrapuestas que se visibilizan con la negociación de un doble matrimonio dinástico entre las casas de Braganza y de Borbón y las reacciones que esto provoca en los diferentes escenarios cuando se produce la ocupación portuguesa de la Banda Oriental en 1817. En la tercera –“¿La reconquista imposible?”– exploro las opciones restauradoras que se despliegan desde –y hacia– el Río de la Plata tras la declaración de la independencia en 1816 y sus conexiones con la política portuguesa en Brasil y

con las potencias europeas, mientras se proyecta la expedición española que en última instancia será frustrada por la revolución liberal de 1820. Esta organización tripartita no supone el desarrollo de planes sucesivos y excluyentes sino la disposición de tramas que, fieles a sus propias lógicas, muestran solapamientos, continuidades y rupturas, reformulaciones y líneas de fuga. El relato sigue, pues, una cronología que incluye retrospectivas o *flashbacks* en ciertos tramos, a la vez que evita recurrir al *flashforward* como visión anticipada de lo que va a ocurrir en el futuro.

Las decisiones acerca del orden expositivo de esta dilatada pesquisa implicaron una prolongada búsqueda del *tono* apropiado que hiciera justicia a las intrigas y misterios que emanan de las fuentes. En un diálogo con historiadores, el escritor Ricardo Piglia afirmaba que el desafío del *tono* es “tratar de contar historias que los lectores no hayan vivido”.²⁸ Confieso, en este sentido, que la búsqueda partió de un objetivo –sin duda desmedido– que aspiraba a transmitir ese suspenso que, como en una película de la que ya conocemos el final, de todos modos emana en las escenas que representan los actores. Luego de ensayar *n* número de versiones, que se acumularon en mi computadora, descubrí que compartía con la historia narrada el horizonte de un final abierto, cuyo resultado está bastante lejos de mis expectativas iniciales. Seguramente, la distancia entre expectativas y resultados no es ajena al hecho de no haber podido escapar de las trampas que el oficio nos regala más allá de nuestra propia voluntad.

* * *

Pocos días después de concluida la que creía era la versión definitiva de este libro, sobrevino el inesperado acontecimiento que cambió el rumbo del planeta. Mientras escribo estas breves líneas de reconocimiento personal hacia quienes me acompañaron en la empresa, continuamos en la situación de aislamiento a la que nos somete la pandemia de Covid-19; situación que me permitió dejar el texto en reposo para realizar correcciones finales y valorar, más que nunca, la “cultura de la conversación” en que se inscriben mis deudas intelectuales y afectivas.

A Juan Carlos Torre le debo el enorme estímulo que me brindó en las “cenas de los jueves” con Ana María Mustapic, luego de concluir nuestras clases de posgrado en la Universidad Torcuato Di Tella. Es probable que mi decisión de no encarar una apuesta comprometida con los futuros posibles lo desilusione; pero la lectura de sus trabajos, sus sugerencias bibliográficas y sus provocativas ideas fueron una usina inspiradora para la composición de este libro. Igualmente inspiradora ha sido la obra de Natalio Botana *Repúblicas y monarquías*, en la que encontré –como siempre– pistas insospechadas para mis reflexiones. Agradezco a Hilda Sabato el primer impulso, cuando disfruté de una temporada en su casa puntana de Cortaderas y leyó la versión inicial de la introducción; a Beatriz Bragoni y Noemí Goldman, por iluminarme aspectos cruciales sobre varios personajes de esta trama; a Darío Roldán, por su insistencia en afirmar que toda historia política debe ser pensada en tiempo presente; y a todos ellos, por su cariñosa amistad, tan rica en presencias y gestos.

A Alejandro Rabinovich y Daniel Gutiérrez Ardila les debo las riquísimas sugerencias y correcciones a los primeros borradores; ambos intervinieron en estas páginas de manera aguda y siempre estuvieron dispuestos a responder mis dudas y obsesiones. Vaya mi enorme gratitud a las integrantes del “retiro de escritoras” –Lila Caimari, Ana Clarisa Agüero, Judith Farberman y Anahí Ballent– que siguieron paso a paso las etapas de este libro. Ellas me leyeron, me criticaron, me hicieron sugerencias, me estimularon y, en el encuentro de febrero de 2020 en la chacra de Lila, me conminaron a la difícil tarea de darle cierre a la obra. A João Paulo Pimenta le agradezco su eterna generosidad por haber abierto su archivo y biblioteca para compartir los temas comunes que abordamos; a Sonia Tedeschi, gracias por colaborar con la recolección de materiales de fuentes primarias y secundarias, y a Ezequiel Meler, por haber revisado la última versión y empujarme a que fuera la definitiva.

Expuse algunos adelantos en eventos académicos a los que fui invitada. Sería imposible mencionar a cada uno de los colegas participantes en distintas ciudades de mi país (Argentina) y en el extranjero (París, Madrid, Zaragoza, Valencia, Salamanca,

Salerno, Ciudad de México, Puebla, Bogotá, San Pablo, Vitória, Lima, Santiago de Chile, Montevideo). A todos ellos agradezco sus devoluciones y el diálogo siempre fructífero que nos une desde hace años en esa cofradía a la que me gusta llamar la “Internacional Bicentenario”. De igual manera, con los amigos que integran el Programa Argentina 200 Años de la Universidad Nacional de Rosario y con los colegas de la Universidad Torcuato Di Tella, mis deudas se renuevan constantemente.

Quiero expresar mi especial reconocimiento a la Casa de Velázquez de Madrid –que generosamente subsidió una estancia de investigación y así me permitió avanzar con este proyecto–, y a las instituciones académicas argentinas que sostienen mi tarea cotidiana e hicieron posible la creación del Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (UNR/Conicet), donde encontré un agradable lugar de trabajo y pude desarrollar intensos intercambios interdisciplinarios. En el actual contexto de pandemia y crisis generalizada, agradezco muy especialmente al equipo editorial de Siglo XXI por apoyar mis iniciativas historiográficas y hacerme sentir en mi casa, y a Pedro Rújula por sostener su confianza en este libro y publicarlo en Prensas de la Universidad de Zaragoza.

Por último, sin el acompañamiento de mi familia no habría espacio para el disfrute que significa *hacer historia*. Con mis hijas Camila y Joaquina, además del amor y de la complicidad que nos une, compartimos la adrenalina que implica pensar el mundo e interrogarnos por los sentidos que encierra. Sebastián y Francisca Perochena alegran mi vida y forman parte de una amplia constelación donde siempre hay un lugar para agregar en la mesa de comensales. Y a quienes va dedicado este libro deseo expresarles mi renovada emoción por saber que están allí y por volver presencia el recuerdo de Pedro y Nilda, mis queridos padres.

Noviembre de 2020.